



## CONCLUSIÓN.

### XIV

Cuando se estudia á un poeta casi de una manera exclusiva, y no se le compara, ni con los que le precedieron, para ver en lo que de ellos se aparta, ni con los continuadores de su obra, para saber en lo que éstos lo aventajaron, es fácil, por una natural propensión, exagerar sus merecimientos. Lleno de entusiasmo por la labor del poeta, habituado á la lectura de sus poemas, connaturalizado con su manera de pensar y de sentir, y no teniendo á la vista sino un estilo siempre igual, el crítico acaba por juzgar que nada hay superior al poeta que analiza y que comenta, que ninguno como él desempeña á maravilla la tarea que le fué confiada, y que ninguno como él, adunando á

la profundidad del fondo, la singular belleza de la forma, puede hacerse acreedor al título de poeta genial.

Y si esto acontece con frecuencia á casi todos los críticos con todos las poetas que son objeto preferente de su estudio, con mayor razón se comprende que se verifique, tratándose de un poeta como Catulo, que tantas simpatías despierta, y tantos entusiasmos inspira á todos los que al leer sus obras, se sienten cautivados por la incomparable magia de su estilo, por la ingenua expresión de sus sentimientos, y por la innegable verdad de sus pasiones.

Nosotros, hasta donde nos ha sido posible, hemos huido de esta natural tendencia, y si á las veces nuestros encomios tienden á presentar á Catulo en todo, como un poeta sin rival entre los latinos, y apenas igualado entre los griegos, hemos procurado no perder de vista el papel que le corresponde en la literatura latina, entre sus predecesores y sus pósteros.

Catulo no es el más grande de los poetas latinos, ni su inspiración ha alcanzado las alturas casi inaccesibles adonde sólo llega el pensamiento humano cuando encuentra en el espectáculo de la Naturaleza y en el del alma humana, la expresión de cosas nuevas que son el reflejo vivo de la inmortal belleza, ni su forma llegó á ser, salvo en raras ocasiones, el acabado modelo de la expresión poética, en una lengua todavía imperfecta, y que se hallaba precisamente en su período de transición; pero sí puede decirse, sin temor

de ser tachado de exageración, y esta es la opinión nuestra, que Catulo es el primero de los poetas líricos de Roma.

B. G. Niebuhr, en su historia romana, dijo: «Catulo es el primer poeta lírico de Roma;» W. W. Teuffel, en su Historia de la Literatura romana, repitió: «C. Valerio Catulo de Verona, es el poeta lírico más grande de la literatura romana,» y H. A. J. Munro, agregó: «los versos líricos de Catulo, son modelos perfectos no igualados nunca en la poesía latina y jamás mejorados en la poesía griega.»

Este es el concepto que Catulo ha merecido de parte de los que han historiado la literatura latina.

La poesía lírica de Catulo halló su asunto y fondo en los episodios de su propia vida, en sus amores apasionados y violentos, en sus amistades profundas y sinceras, en sus odios crueles é inextinguibles; pero no sólo expresó con ella sus alegrías y sus dolores, y su manera de pensar y de sentir, sino que estos sentimientos, y esas pasiones, fueron de tal modo humanos, que han sobrevivido á todos los cambios de tiempo y espacio.

La poesía lírica de Catulo, y esta es la razón de su mérito, no es la expresión de un sentimiento personal, sino de un sentimiento humano, porque entonces y después, hoy y mañana, todos hallarán en ella la expresión de sus propias pasiones.

Los que aman, habrán de amar siempre como él

amó á su Lesbia, y para decir su amor, no hallarán otras palabras de ternura que las que él usara en los arrebatos de su pasión; los que odian, habrán siempre de odiar como él odió á sus rivales afortunados, y para execrarlos y maldecirlos, encontrarán tan sólo la misma agudeza punzante, el mismo insulto procaz; los que lloran la muerte de un ser querido, habrán de lamentarse con el mismo dolor, y habrán de prorrum-pir en los mismos gritos de angustia: los que hacen de la amistad un culto, habrán de abrazar y de besar á sus amigos tras prolongada y penosa ausencia, con el mismo entusiasmo juvenil, y los que comparten por igual un amor dulce y tranquilo, habrán de amarse como Acme y Septimio, mirándose los ojos en los ojos, y uniéndose los labios á los labios, con la misma infinita languidez.

La poesía lírica de Catulo, es la poesía lírica de todos los tiempos y de todos los hombres, tan sólo porque es humana, y es hoy tan inteligible y tan conmovedora, como inteligible y conmovedora fuera para los romanos contemporáneos de César, que vieron expresados en su propia lengua las pasiones que ellos compartían, y los pensamientos con que ellos comulgaban.

Pero lo que hace de Catulo el primer poeta lírico latino, es que su poesía no sólo es la expresión de sentimientos verdaderos, sino que es la expresión la más bella de esos sentimientos.

La belleza de la poesía lírica de Catulo consiste en la sencillez y en la transparente claridad de su forma. No hay en sus poemas líricos una frase que no sea tomada del lenguaje usual, ni que deje de estar tampoco en armonía con la idea que quiere expresar, ni tampoco giros rebuscados que pongan de relieve el esfuerzo del poeta por llegar á hermanar la forma y el fondo de su pensamiento, ni, por último, expresiones desusadas, ó alusiones mitológicas, ó tropos exagerados que oscurezcan y estorben la fácil inteligencia de sus versos. El lenguaje usual, sin caer en la vulgaridad, resulta siempre hermoso por la gracia inimitable con que lo emplea, y la sencillez de su estilo es la prueba de la facilidad inequívoca con que logra darle á la expresión de su sentimiento, la forma más apropiada para interesar y conmover.

El calor del sentimiento, la verdad de la pasión y la sencillez de la forma, hacen, pues, de Catulo, el poeta lírico por excelencia.

No puede ponerse en olvido que, como poeta epigramático, original y cáustico, abrió una nueva senda por donde nadie, antes que él, en Roma, había aventurado un paso; pero no deja de ser cierto, que ni la poesía epigramática es la que constituye la característica de su genio, ni que su discípulo Marcial no hallara en ella frutos más sazonados y exquisitos; es imposible desconocer que en sus elegías, y principalmente en el poema LXXVI: «Si qua recordanti benefacta

priora voluptas,» llegó á presentar un modelo hermosísimo de dolorosa ternura; pero no lo es menos que Tibulo, Ovidio y Propercio le superaron con mucho, sobre todo el primero, por la corrección impecable de la forma; por la variedad de los asuntos tratados en ellas, y por la delicada expresión de un sentimiento apacible y dulce; es verdad que habrá de recordarse siempre, que sus cuentos épicos, imitados de los poetas alejandrinos, no eran la relación fría de amores célebres y legendarios, porque los gritos de dolor de Ariadna, son las quejas vibrantes de un corazón lleno de amor; pero nadie dejará de reflexionar que Virgilio, el príncipe de los poetas latinos, hizo olvidar al pueblo romano los sufrimientos de Ariadna, con el triste espectáculo de Dido abandonada.

Pero si Catulo pudo ser superado por sus pósteros como poeta epigramático, ó como poeta elegíaco, ó como poeta épico, jamás lo fué como poeta lírico, ni aun por el mismo Horacio, á pesar de haberse vanagloriado éste de ser el primero que adaptara á la poesía latina los metros eólicos.

Si analizando una á una sus obras, siempre hallamos ocasión para considerarlo digno de todo encomio, y para llamarlo un gran poeta, cuando se estudia el conjunto de ellas, y se hace la comparación de ellas entre sí, entonces sobresalen sus méritos como poeta lírico, y fuerza es convenir en que Niebuhr y Teuffel y Munro, son los que han emitido el juicio

más exacto acerca del poeta, al reconocer en él al primero y al más inspirado de los poetas líricos latinos.

No quiere esto decir que no estimemos en mucho los progresos que Catulo llevó á cabo en la literatura latina, en todos los géneros de poesía que cultivó, progresos que hemos puesto de resalto en nuestro ya largo estudio, sino que al formular la opinión definitiva acerca de toda la labor del poeta, se ven siempre, por encima de todo, sus merecimientos como poeta lírico.

Catulo, en la historia de la Literatura Latina, es, y habrá de aparecer siempre, como el primero y el más genial de los poetas líricos de Roma.

